



EL DE LOS
CLAVELES DOBLES

ÁNGEL
DE CAMPO



Esta colección ofrece un recorrido indispensable por la novela corta en México. Las primeras historias ven nacer el México independiente; las últimas, el país que surgió de la Revolución armada de 1910 y sus consecuencias culturales. No importa que las novelas vayan ligeras de equipaje, seguramente el viaje será largo.

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com



FILOLÓGICAS

EL DE LOS CLAVELES DOBLES

ÁNGEL DE CAMPO

Dulce María Adame González
Presentación, edición y notas

Novelas en Tránsito
Primera Serie



La novela corta. Una biblioteca virtual

www.lanovelacorta.com

NOVELAS EN TRÁNSITO

Primera Serie

Gustavo Jiménez Aguirre, *director*

CONSEJO EDITORIAL

Gabriel Manuel Enríquez Hernández, Verónica

Hernández Landa Valencia, Gustavo Jiménez Aguirre,

Américo Luna, Esther Martínez Luna, Mariana Ozuna Castañeda

APOYO ACADÉMICO

Braulio Aguilar Velázquez y Karla Ximena Salinas Gallegos

Ángel de Campo, *El de los claveles dobles*

La Novela corta: una biblioteca virtual

Primera edición: 26 de agosto de 2011

Segunda edición: 4 de octubre de 2021

D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Filológicas

Círculo Mario de la Cueva, s. n.

Ciudad Universitaria, 04510, Ciudad de México.

Esta publicación se realizó con apoyo del Consejo Nacional
de Ciencia y Tecnología de México, Proyecto CB 255210

Diseño de colección y portada: Andrea Jiménez

ISBN: EN TRÁMITE (de la colección)

ISBN: EN TRÁMITE

Esta edición y sus características son propiedad de la
Universidad Nacional Autónoma de México.

Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.

Hecho en México.

ÍNDICE

Presentación. Una gran parodia a ritmo de zarzuela <i>Dulce María Adame González</i>	5
<i>El de los claveles dobles</i>	
I. [—Ya son las ocho de la mañana]	17
II. [Flaviano Muñoz]	27
III. [Sombrero de pedradas caído sobre la oreja iz- quierda]	29
IV. [Cloti, con su ropita de cristianar]	37
V. [Completa transformación en el patio]	47
VI. [Entre dos luces: el costado poniente de la Ala- meda]	55
[Epílogo].....	59
Noticia del texto	65
Ángel de Campo. Trazo biográfico	67
Notas	71

PRESENTACIÓN

Una gran parodia a ritmo de zarzuela

Dulce María Adame González

1899. La Ciudad de México se preparaba para despedir el siglo que había visto nacer al país como nación independiente, en medio de guerras intestinas, invasiones extranjeras, cambio de regímenes y de costumbres, avances tecnológicos, ajustes económicos, aumento de libertades, modificación del paisaje y, finalmente, cierta paz, estabilidad y modernidad. No obstante, al tiempo que se respiraba algo de optimismo, había también un dejo de extrañeza, de temor y expectativa por el futuro, por lo que hasta el más insignificante hecho se convertía en anuncio de un suceso extraordinario, un temblor, una demolición, un incendio, el alza de costos y de impuestos, un asesinato, algún suicidio... Aquellos que no soportaban la zozobra y la incertidumbre, que no lograban hacer del *spleen* una forma de vida,¹ terminaron por acudir al suicidio, que pronto se convirtió en moda.

Uno de estos casos fue el de Sofía Ahumada, una joven de veinte años que, a causa de una decepción amorosa, decidió arrojarse desde una de las torres de la Catedral. El suicidio acaeció el 31 de mayo de ese mismo año y ocupó las primeras páginas de numerosos diarios de la capital, como bien lo muestra el expediente de prensa que conformó Miguel Ángel Castro.² El terrible y sensacional suceso se convirtió en tema habitual de las conversaciones y también en material literario para el conocido escritor Ángel de Campo, quien, con el seudónimo Tick-Tack, abordó el suicidio en algunas crónicas de su columna “La Semana Alegre” y en la novela corta *El de los claveles dobles. Entretenimiento novelesco de buen humor en varios cuadros y algunos coloquios a manera de apuntes para un libreto del género mediano*, que dio a conocer entre septiembre y noviembre de ese año, en las páginas del periódico *Cómico*.

Tick-Tack recurrió a sucesos de la vida cotidiana para dar forma a su texto; por un lado, el escandaloso suicidio de Sofía Ahumada y, por otro, aprovechó elementos de una conocida zarzuela española llamada *La Revoltosa*, escrita por José López Silva y Carlos Fernández Shaw con música de Ruperto Chapí, que se había presentado en México un año antes con gran éxito.³ En *El de los claveles dobles*, la joven ilusa Felipa Reyes se entrega al vividor Pepe María, el Revoltoso, hombre

cínico, que había abandonado a su legítima esposa y se relacionaba con mujeres ricas para que lo mantuvieran. Tras el desengaño, Felipa toma una decisión extrema que la conduce a la muerte.

De Campo crea una novela urbana que mezcla el género chico y la novela; el texto dramático y la narración, y da cuenta de temas de actualidad, como el suicidio, los espectáculos musicales y el periodismo. Asimismo, en consonancia con el medio de publicación, una revista para el solaz del público, *El de los claveles dobles* es muestra de la versatilidad de Ángel de Campo, quien desborda ironía y humor en un experimento narrativo que da magnífica cuenta de la modernidad de su escritura y de la claridad de su proyecto.

Resulta de gran interés notar que la novela está estrechamente ligada a la producción cronística del autor, sobre todo con sus ideas en torno a la ciudad y la novela nacional. Tick-Tack encuentra en el pueblo mexicano los recursos necesarios para producir novelas de todo tipo: ejemplar, picaresca, de mucho enredo y de capa y sable, cuyo germen podía hallarse en cada cantina, café, pasillo, oficina, barbería, vecindad o dondequiera que se reunieran algunos desocupados, así como en los hábitos de este pueblo imaginativo y crédulo.⁴ De hecho, Ángel de Campo comentó en diversos momentos la particular fisonomía de la Ciu-

dad de México, en donde, como en los baratillos, se revuelven y hermanan los objetos más distintos y cuyo total es el retrato fiel de nuestro carácter. De alguna manera, en su novela corta se materializan estas ideas a través de la creación de personajes tipo, de la ubicación de la acción en espacios populares de la metrópoli y el empleo de ciertos recursos lingüísticos como se explica a continuación.

En *El de los claveles dobles* prevalece el diálogo con acotaciones y apuntes escenográficos. Sus nueve cuadros y el epílogo pueden leerse como coros, dúos y solos, tal como se presentan en las zarzuelas, las cuales pueden desarrollar una trama amorosa con elementos cómicos, pero con posibilidad de un final trágico. Por ejemplo, la primera escena comienza con un diálogo entre varias mujeres de la vecindad, con escasas intervenciones del narrador que se dirigen a señalar algunas acciones de los personajes, lo que dota de dinamismo al cuadro. Parece que asistimos a una representación del coro a cargo de las vecinas, quienes, como indica el narrador, hablan como en diálogo de tanda. Por otra parte, hay algunos dúos en las conversaciones de Pepe María con sus enamoradas o entre Chole y Felipa, donde nuevamente las acotaciones dan cuenta de las expresiones faciales y de tono de los personajes; y en el breve soliloquio de Felipa, la ambientación señalada

por el narrador (la Alameda entre dos luces) refuerza el tono introspectivo de la situación, característico de los solos. De igual forma, las referencias a canciones y partes de zarzuelas muy conocidas en ese momento, como *La verbena de la paloma*, *La Revoltosa* y los cuadros de la revista musical *De Madrid a París*, que presentan escenas de celos y confusiones amorosas, funcionan como comentarios guía en el desarrollo de la historia.

Las acciones se llevan a cabo en diferentes espacios urbanos del pueblo bajo, como el patio de vecindad, los lavaderos, la calle, el billar, y en otros bastante conocidos, como la Alameda, que son propicios para el desarrollo del argumento de una novela que entra en diálogo con el género chico, cuyas historias también solían ubicarse en estos espacios del Madrid castizo de la época. En cuanto a los personajes, Ángel de Campo recrea una galería popular con personajes tipo de la ciudad. Pepe María, el Revoltoso, es el “tenorio lépero, provocativo, alburero, joya de plazuela, terror de hombres y espanto de mujeres”, tan criticado por Micrós en numerosas crónicas. Por su parte, Felipa es una mujer frágil, “una pequeña pensadora”, ridiculizada por su excesivo sentimentalismo, tal como puede apreciarse en la conversación que mantiene con Pepe María, donde se confrontan la practicidad del burlador y la ingenuidad de la joven:

—Yo te he dado mi corazón...

—¿Quieres recibo, hija?, lo tengo envuelto en algodones y en papel de china, bajo llave.

—Te he dado mi primer amor, te he dado...

—Lo que me estás dando es la gran lata con ese llanto furtivo que no viene al caso, y ese tono de melopea... [...]

—Te entregué mis ilusiones... (*Siempre declamando*).

—Y tu pelo y tu retrato, y un pañuelo con sangre de tu mano derecha, y cinco listones y una zapatilla y este anillo de plata y la mar de cartas... Por Dios que no me hagas cuentas ni me vayas a pedir recibo...

—Te di lo que nadie te dará: una alma limpia...

—Igual permanece en mi poder, con todos sus dobles de fábrica, como si no la hubiera estrenado...

—Pero tú no has comprendido mi sacrificio, y lo que más me duele, no es que correspondas mal a mi cariño, sino que lo escarnezas y en mi presencia andes enredado con esa cáfila de locas con quienes ni me comparo, ¡si yo lo hubiera sabido aquella tarde!

Por otra parte, el resto de los personajes son muestra de una facción de la sociedad que reproduce modelos de un romanticismo caduco y que ante el proceso modernizador —bandera del Porfiriato—, permaneció atrasada. Algunos de ellos trasgreden lo normal, lo aceptable o lo

sano —de acuerdo con la política higiénica de la época, que asociaba la miseria y la deformidad con la criminalidad—, a causa de sus defectos físicos (la joroba, la cojera) o debido a alguna enfermedad (las marcas del tifo), en una mezcla de lo humano y lo animal en su comportamiento (mujeres que parecen hombres) y en sus gestos (mirada de tortuga). De entre ese colectivo, resalta el *reporter*, personaje característico de la modernidad literaria y periodística, a quien se pinta como un ser inoportuno, sin escrúpulos, que vive de “gratis”, que busca la nota roja y que aprovecha la desgracia de Felipa para sacar beneficio. Todos estos personajes sirven a Ángel de Campo para evidenciar las contradicciones de la sociedad capitalina a finales del siglo XIX, ya que reúne en ellos los defectos y las deficiencias de una política modernizadora a medias. Pese al humor presente en la novela, prevalece cierto pesimismo al poner en duda el progreso moral de la sociedad. Bajo este supuesto, el tono irónico, el humor y la parodia se convierten en los recursos ideales para dar forma a la obra y criticar acciones condenables, como el suicidio que, desde el punto de vista del autor, “debía ser ridiculizado y no pintarlo con caracteres interesantes”.⁵

Como parte de la caracterización de este pueblo bajo, Ángel de Campo reproduce expresiones populares, giros lingüísticos, usos no verbales, adivinanzas

y albures de la época, que dotan de gran dinamismo y viveza a la narración. La recreación del habla popular de la urbe en la novela es el resultado del estudio que le dedicó el autor, no en las universidades, como él mismo señala, sino a través de la práctica, la experiencia y del oído atento o, en todo caso, del aprendizaje que proporciona la “Universidad Laica y Tenebrosa de la Calle”, donde “se insulta con los ojos, con señas, con sonidos inarticulados, con interjecciones, monosílabos u oraciones completas con un sujeto, verbo y piezas de refacción, y como un extra, como una tarea recreativa, como un ejercicio gimnástico del pensamiento, se estilán los juegos de palabras, llamados ‘albures’, ¡como quien dice un juego de té o un juego de ropa sucia, aunque interior!”.⁶ De ahí que en el texto se señalen los giros, las entonaciones e intenciones de los hablantes, y aunque se presente cierta dificultad al intentar dilucidar el pleno sentido de algunos albures de la época, el ágil manejo de los diálogos y el contexto narrativo permiten apreciar el juego de dobles sentidos.

Es así que *El de los claveles dobles* se configura como una gran parodia, a través de la cual se caricaturizan géneros literarios, como la zarzuela, el “reportazgo” y la crónica roja; el papel del periodismo, las conductas y las creencias de una parte de la sociedad mexicana de fin de siglo. Ángel de Campo entrelaza con acierto

diversos elementos que dotan a la obra de gran viveza; la disposición teatral y el apunte detallado de sucesos cotidianos, el mosaico léxico y fraseológico de la época, la caricatura y la crítica humorística le permiten ofrecer un “entretenimiento novelesco” cercano al lector.

EL DE LOS CLAVELES DOBLES

Ya son las ocho de la mañana —dijo Chole exprimiendo un calzoncillo hecho torzal.

Carecía la deshonesto moza de reloj, pero acertó en la hora porque el fabricante de corbatas del piso principal, don Bibiano Manzanares, comenzó a silbar en salva sea la parte de la azotehuela.

Todo el vecindario conocía las costumbres higiénico-melódicas del mentado, quien era una flauta perpetua, pues al levantarse: chiflido; al desempeñar funciones que ninguno de los presentes pudiera desempeñar por él: chiflido, y al meterse a la cama: chiflido...

Tomaba cualquier motivo de zarzuela y después improvisaba trinos, escalitas, dos de pecho y otros primores que armaban el gran meneo entre las aves del vecindario.

—¡Las ocho! —exclamaron hasta seis mujeres, sentadas sobre los talones frente a sus respectivas piedras de lavadero.

—¡Las ocho! —exclamó un jorobado impeliendo el brazo de una bomba, que toda ella se volvía vendajes y escapes de aire.

Las mujeres reanudaron su charla, tan maliciosa, que parecía o diálogo de tanda o conversación entre hombres solos.

—A que no me adivinan esta adivinanza —prorrumpió Emerenciana mostrando una camiseta manchada de azul en la sisa—. Ésta es de un casado, su mujer lleva cuatro meses de cama y los caracoles de la cuñada huelen a lo mismo, ¿qué será?

—¡Ferrocarril!⁷

Estalló una carcajada escandalosa.

—Se les va a secar la lengua —terció el jorobado—; parece mentira que coman con esa boca. Se secó el sudor y dirigió una mirada de tortuga, sesgada y maliciosa.

Las mujeres tomaron cada cual el son que les dio la gana para contarle, y de vez en cuando volvían la mirada al cuarto número 7, cerrado aún.

—Ni lo busquen, livianas —habla el de la corcova—, porque se ha de levantar tarde y la corrió hasta la madrugada.

—¿Y a ti quién te da vela en este entierro?

—La madre de los macabeos.⁸

—No mientes a las madres, Jorobis.

—Pues no me pongan albuces, porque yo soy de palo y sale retobo a la puerta. No tengo la culpa de que se las pele por Pepe María...

—¿A mí?

—¡Adiós de mi dinero!

—¡Me basta con el legítimo!

—¡Si no le hice frente a un rural, ya iba a tomar varas con un paisano!⁹

—Ustedes —y el jorobado tomó una postura denigrante— lo negarán sin que les cante el gallo (de la Pasión), pero es palpable que se bullen, y si no que lo diga Chole, bizca de tanto ver a la derecha.

La aludida, con pelo a media asta porque se lo cortaron cuando el tifo, echó hacia atrás la greña mejor lograda y habló de este tenor:

—No me lo achagues, porque no me gustan las chanzas. Vete con tiento: yo, aunque pobre, no soy de ésas y no me ha tocado un pelo.

—¡Claro!, porque estás en convalecencia y no tienes.

—No me ha tocado un pelo ni me lo tocará; eso a Felipa, que yo el día que se atreva, del primer revés lo acuesto.

—¡Ya estará Billy Clark!¹⁰

—Estate silencio, Jorobis, porque te va mal; estate silencio, Jorobis, porque te estrello la batea en la mochila...

—¡Ay nanita, qué miedo!

—¡Toma!

Si no se agacha lo lastiman; a dos dedos sobre su cabeza vinieron a estrellarse cinco prendas de ropa mojada.

Iba a tomar la revancha, disparando un zapato, pero se contuvo diciendo:

—Orden, doncellas, porque ahí viene doña Simona; me huele a azufre y oigo cojear.

Dijo y apareció la casera, arrastrando el remo izquierdo, y como las demás, afocó el ojo derecho al cuarto número 7.

Cloti Reyes, peinada de alto, pero mal; con collar de listón verde Nilo anudado en la nuca; sin corsé; blusa suelta de cretona; enaguas carmelitas y botas amarillas sin broches; llegó frente al cuarto número 4, y después de ver al número 7, chifló aquello de: “A mí me llaman la chata...”.¹¹

Momentos después, apareció Felipa por la entornada puerta con visibles muestras de haber saltado del lecho:

—¿Eres tú?

—¡Presente!

—¿Qué húbole?

—¡Sal!

—No puedo; todavía no me desayuno.

—Dos palabras nada más; precisa...

—Vamos, pues.

Se colocaron junto a un árbol, que tuvo en un tiempo figura corporal de higuera, cerca de un carnero atado al tronco y debajo de un pajarraco preso en jaula de carrizo.

El jorobado dijo entre dientes:

—¡Se armó la grande!

Y balbució Chole:

—Le voy al giro (*animadísima*).

Nuevo vistazo al 7, y parte la plaza Cloti en estos términos:

—Vamos a aclarar paradas con respecto a lo de anoche...

—Mira, favor de que se queden las cosas de este tamaño, porque ya chole aclarar.

—¡Ay, qué suerte! A mí me gusta todo limpio, aunque me vista de oscuro. Mira, Felipa, yo te quiero (*mano al corazón*).

—Gracias (*sonrisa sesgada*).

—Y cuando quiero, me gusta ser pareja. Vas a saber del pe al pa todo lo que hubo, y cuál fue el motivo por que te saludé sería (*tose*). Bueno; trajeron el cilindro para que bailaran, y como a mí siempre me han repugnado esos bailes de cilindro porque, con perdón tuyo, no son sino un pretexto para que otros se alcen y se barajen, y yo no les sirvo de tapadera a los demás, me quedé en mi cuarto, pero vino doña Simona, ya cono-

ces lo que es la vieja, ¿qué no vienes, Cloti? Me duele la cabeza, le respondí. No te hagas de papeles, ven, hay ponches... Volví a negarme, y entonces, sin más ni más, se metió Pepe María hasta mi cuarto, me tomó de la cintura, y como estaba, de pelo suelto, sin corsé, dada a Gestas, ahí vamos, galopando una danza. Comenzaron a reírse de nosotros, a tosernos, a secretarse, a hacerse señas, y Chole, que con perdón tuyo, tiene una boca peor que un caño, oí que dijo: ¡Cómo se apuntan! (*Imitándola*). No, no se apuntan, le respondió Moctezuma, se apuntalan, como dando a entender que yo no bailo como Dios manda; mira, sentí que me prendían un cohete, se me trabó la lengua de la rabia y se me fue la boca, y le dije recio, para que todos lo oyeran: ¿No le gusta el paso, don Patricio?, pues me lo enseñó su mujer antes de irse donde se fue (ya sabes que se fue con el de La Zaragozana).

—¡Qué bárbara eres, mujer!

—¿Para qué me provocan, si saben que no me dejo? Chole siguió echando indirectas, preguntando dónde estarías, a lo que respondió Casimira que en la higuera, y la Pelona le hizo segunda, agregando: pobrecita (*voz de falsete*) le tocó perder con gente de a pie; ojalá y llegue temprano, porque si no, cuando llegue... ¿Cuando llegue, qué?, le pregunté. Se habrá acabado la música... La llamé aparte, decidida, por mi madre

que sí, decidida a darle recio y duro; pero se me sumió, echándote la culpa de su mala voluntad y asegurando que propalabas asuntos privados de ella, y que, según tú, yo contaba; me dijo también que me tenías en una opinión de las peores, al grado que no dejaba ni a sol ni a sombra a Pepe María (*ambas ven al 7*), y mira, Felipa, eso sí me pudo, porque en cuanto a honradez de una, sólo Dios sabe (*señalando al cielo*), pero con ése, nunca; palabra que si hemos andado tres veces juntos, es mucho: una me llevó al cinematógrafo,¹² y de violín, porque es amigo del boletero; y primero le arrancas un ojo que una peseta; y otra, me detuvo por el Coliseo y me metió a las tandas,¹³ con cupones del *Cómico* por más señas,¹⁴ y ése no es motivo para que tú o quien sea me esté levantando falsos. Te saludé seria anoche por las dudas, porque tú me las distes con un tono muy fachoso, y si Pepe María es la causa, te lo regalo...

—¿Y quién te lo pide? (*Altanera y roja hasta la coronilla*).

—Mira, me lo piden (*llevando la cuenta con los dedos*), que te hablan de él y se te indisponen la comida, se te seca la boc... te pones verde, y como no duermes, sales al patio a deshoras...

—¡Ah, qué risa! (*Queriendo reír, pero sin poder reír*).

—Choca, hermana (*presentándole la diestra*), por experiencia te digo que ése no vale la pena de que haya

diferencias entre nosotras. Por mí, que se vaya con la que lo apetezca.

—¡No te sacrifiques, filántropa desinteresada: que se meta contigo, con Chole, con doña Simona, hasta con el jorobado, con todas juntas y pa mí plin!

—¡Y qué sería lo dices! Cómo ha cambiado el tiempo desde lo de Tlalpan, cuando (*intencionada*) se les vino el tren.

—¿Qué quieres decir con eso? (*Echando lumbre por los ojos*).

—Nada, que se fueron a un día de campo, se les hizo noche, no alcanzaron el último viaje, se vinieron a punta de uña, llegaron al amanecer muy cansados, te sanjuaneó tu mamá y ¡pa ti plin! (*Carcajada insultante*).

—Cloti, por tu madre, por tu madre, si tienes madre (*condicional*) que no me tientes (*metiéndole las manos en la cara*). Vete, hay testigos, no respondo si se me sube lo Felipa a la cabeza (*apretando los puños*).

—¡Quietas las manos! (*Parando en cuarta*).

—No te arranco la lengua, Cloti, ¿sabes por qué? Porque no quiero que haya escándalo y él lo sepa y se figure (*bajando la voz y mirando al 7*) que le disputo un hombre a la que tiene que ver por todos, por eso y porque te tengo lástima... grandísima...

Providencial fue la aparición de doña Rosalía, alta, gorda, con anteojos negros, babuchas, profesora de

achaques obstétricos y madre de la última preopinante, a quien lanzó este grito en tono militar:

—¡Felipa!

—¿Señora?

—¿Qué haces ahí, primor? Ya se subió la leche, están tirados los trastos, tienes que estudiar tu inglés, y tan fresca enredando chismes...

—Échate ese trompo en la uña¹⁵ —gruñó el jorobado con toda la malevolencia de que sus menguadas piernas eran capaces.

—Anda, que te hablo —prosiguió la comadrona, meneando la babucha derecha.

—Voy.

—Pero luego.

Ceniza de la rabia entró Felipa a su cuarto, y la otra se dirigió a las presentes para decirles:

—Lástima de coraje, por poquito les digo cuántos pelos tiene en la coleta, la salva que no quiero que se figure lo que no es, que su querido me importa.

—Claro —dijo el jorobado—, si aquí el único que no duerme por Pepe María soy yo, ¡pero ustedes!, ¿qué va a ser, hombre? Ahí viene el *reporter*; ¡se los vendo con todo y bicicleta!

Flaviano Muñoz, a quien por mal nombre le dicen el Gratis, porque a ese módico precio ocupa una especie de desván en la casa y vive por milagro de Dios en esta época en que el reporterismo no tiene sucesos de donde cortar paño, entra, en efecto, arrastrando una bicicleta enlodada en cuyas manijas ostenta unas ramas de apio; trae el sagitario gorra gris (emblema de su suerte), camisa americana a la medida de su legítimo dueño que no es Flaviano, cinturón, pantalones atados en las bocas, de un lado con vil pita, y del otro con un elástico amarillo.

—¿Ya salió? —pregunta a las mujeres.

—No sabemos —responden, seguras de que él está ahí.

Flaviano se humedece los labios con la lengua, la-dea la cabeza y lanza estridente el silbido correspondiente, aquello de “Una morena y una rubia”,¹⁷ hasta tres veces, y al notar que del 7 no le contestan, apoya la bicicleta en el árbol y llama a la puerta.

Las mujeres fingen la más completa indiferencia, pero vicentean al domicilio de Pepe María, quien entreabre, y por ahí se cuela Flaviano, diciendo:

—Viejecito, te portas como un ganado de cerda...

Canturrean las lavanderas; el jorobado se entretiene en hacer sonar el timbre de la máquina, y una de ellas le dice:

—¿A que no le montas?

—Anda, tú —agrega Casimira—, cosa que al primer trastazo te emparejas las espaldas.

Una carcajada de tercera clase responde a la sangrienta burla, y el hombrecillo, hecho una furia, se yergue cuanto puede y dice lentamente:

—No hables de bultos tú, porque el mío es natural, mientras que el tuyo...

Una nueva carcajada resuena en el patio, y el contrahecho, echando espuma por los ojos y chispas por la boca, lanza todavía algunas frases que no pueden decirse, en el mismo instante en que se abre la puerta del 7 y aparece *él*, el Revoltoso, Pepe María.

III

Sombrero de pedradas caído sobre la oreja izquierda; jaquet gris perla; pechera azul; chaleco blanco ya manchado; calcetín negro; choclos bayos; bastón de Apizaco; mascada rosa pálido y una llamarada de claveles en el ojal.

—“El de los claveles dobles” —silbó el jorobado.

—¡Qué roto salió el sol! —gritó Chole.

—El remajo, catrín —agregó Casimira.

Él no se dignó mirarlas por lo pronto, encendió una cerilla en la suela de su zapato, para darle el golpe después a un chorrillo.¹⁸

—¿Les gusto, vírgenes impuras?

—Sí, tú, para una caja de cerillos.

—Bueno: pues a ver quién me hace el favor de abrocharme este condenado botón del cuello.

Chole fue la primera comedida.

—¿Tienes las manos limpias?

—¿Y adónde sedutor?

—A una ceremonia nucial.

—¿No me llevas?

—Si no es juerga, y a propósito de cañonazos, ¿qué tal acabó el gran disloque de anoche?

Se disponían todas ellas a darle cuenta y razón, cuando doña Simona se fue derecho al bulto con el pretexto de entregarle cigarros, cerillos y lo vuelto, pues era público y notorio que le mantenía el vicio.

—Llegaste a las tres, grandísimo sinvergüenza (*mi-mosa y sentida*).

—A las dos, me dieron en la esquina.

—A las tres te sentí, me asomé para hablarte, pero tú...

—Cojita mía, la verdad es que la traía en su punto, y cuando he bebido no me gusta tratar con las damas; no tenía cerillos, ni cena y sí una gran preocupación: si hoy a las once no entrego cuatro pesos, tu amorcito va a dar a la comisaría. No creas que es indirecta, te lo digo porque eres la única de bonitos sentimientos en esta casa de los escándalos...

—Sí, la única, en compañía de Cloti, la Felipa y todas las que se te presentan.

—No te pongas pesada; a tu edad los celos son dañosos. Cáete, si me amas, con los cuatro del águila, y palabra que te los devuelvo el día último sin falta.

—¡No tengo!

—¿No tienes?

—Es decir, los tengo, pero me sale de todos los demonios dártelos, cuando sé que los vas a gastar con amigos, en copas y...

—Eso de y... palabra que no, anda que por ahí te alcanzo y te tengo guardado un besito...

—¿Ay, Pepe María, para qué te conocería yo?

En ésas y casualmente apareció Cloti.

—Buenos días “turris eburnea de ébano”¹⁹ (*le toma la barba*).

—Suelte conmigo, sin chanzas.

—Tè sienta mal echártela de correcta.

—Si quieres jalonear, ahí tienes a Felipa, a tu Felipa...

—Ojalá y fuera cierto, y a propósito, ¿sigue mejor de sus mareos?

—Pregúntaselo a ella, ahí viene (*despechada*).

En efecto, también casualmente, aparece Felipa, y casualmente los deja solos Cloti, a quien le cae muy denso que tengan oportunidades de pláticas.

—¿Cómo te va?

—Bien, ¿y a ti?

—¿De quién son esas flores? (*Inquisitiva*).

—De una tía anciana.

—Me huelen a Cloti.

—No, hija, si los claveles no transpiran, y Dios los muda de limpio cada tercer día.

—¿Y ella se muda cada cuándo?

—No lo sé, como la conozco de vista nada más, y pueda ser que de olfato, no te daré razón.

—Deja la guasa, te quiero decir una cosa horrible... (*Conmovida*). ¡Saben lo de Tlalpan!

—¿Y qué?

—¿Cómo y qué? ¿Tú sabes las suposiciones que hacen? ¿Sabes la lengua que Cloti tiene?

—Muy sucia.

—¡Donde llegue a oídos de mi madre!

—Donde llegue a oídos de tu madre, te parte por ambos ejes de cristalización.

—Yo te he dado mi corazón...

—¿Quieres recibo, hija?, lo tengo envuelto en algodones y en papel de china, bajo llave.

—Te he dado mi primer amor, te he dado...

—Lo que me estás dando es la gran lata con ese llantofurtivo que no viene al caso, y ese tono de melopea...

—Lloro porque tengo dignidad, porque habré hecho mal, pero se quema mi rostro de vergüenza (*se lo cubre*) al pensar que todas esas pudieran hablar de mi reputación; al pensar que tú no has cumplido lo pactado...

—Pareció el peine.

—Lo pactado hablando con mi mamá...

—Mira, mi pequeña pensadora, a tu mamá le hablaré por teléfono de esos asuntos, porque de cerca corro un grandísimo peligro...

—Pues yo estoy decidida, así me mate, a confesar-selo todo...

—Y la introduces hasta el tobillo. No me asutes; ya me conoces, Felipilla de mi vida,²⁰ yo estoy acostumbrado a velar toda clase de cadáveres y vamos corriéndola despacio: no quieras que me case de leva, porque no me vuelves a ver ni el polvo. Sigamos como antes, queriéndonos mucho, sin que nadie se las espante: en orden, con juicio, hasta cierto punto; esperando que me den el empleo que me tienen ofrecido, y entonces premiaré tu buen comportamiento con un traje de alma gloriosa adulta, y ya verás si alguien se atreve a dudar que eres legítimamente mía...

—Te entregué mis ilusiones... (*Siempre declamando*).

—Y tu pelo y tu retrato, y un pañuelo con sangre de tu mano derecha, y cinco listones y una zapatilla y este anillo de plata y la mar de cartas... Por Dios que no me hagas cuentas ni me vayas a pedir recibo...

—Te di lo que nadie te dará: una alma limpia...

—Igual permanece en mi poder, con todos sus dobleces de fábrica, como si no la hubiera estrenado...

—Pero tú no has comprendido mi sacrificio, y lo que más me duele, no es que correspondas mal a

mi cariño, sino que lo escarnezcas y en mi presencia andes enredado con esa cáfila de locas con quienes ni me comparo, ¡si yo lo hubiera sabido aquella tarde!

—Con toda seguridad no repetimos de aquellos *Bíteres*, que fueron la culpa de todo; pero hubiera sido igual, ambos estábamos convencidos del mutuo amor, y enjúgate los ojos y ya lo sabes: seis, tarde, costado poniente Alameda,²¹ tortas compuestas y... ahí viene tu madre y voy a partirle.

—¿No anda por aquí ésa? —preguntó la robusta profesora.

—Ésa, desmintiendo la urbanidad que usted le ha inculcado, estuvo aquí; pero, como de costumbre, se fue dejándome con la palabra en la boca. Con permiso, vecina, tiene usted un insecto de las macetas en el hombro (*se lo quita*). Ahora huela...

—¡Ah, qué Pepe María!

—Legítimo frescal, cosechado expresamente para usted...

El queso y las sardinas eran la debilidad de doña Rosalía y en oliéndolas, perdía toda noción del tiempo y del espacio; temblaba todo su cuerpo, se le licuaba la boca, era capaz de una barbaridad por tal de saciar con ellas su desordenado apetito.

—Preste... —y alargaba las ansiosas manos.

—Con una condición...

—Preste... (*Delirante*).

—¡No! (*Toreándola*).

—¿Entonces, para qué me alborota?

Ella tiraba zarpazos y él defendía la presa, como dos chiquillos en pleno retozo.

—¡Pero, mamá! —clamaba Felipa apareciendo.

—¿Cuánto apostamos —comentaba el jorobado—, que esta otra va a ser también de las que tengan que llenar jarras en la fuente, *post meridiem*, y se le apaga la vela y le pide cerillo al Revoltoso?

—Las viejas son las peores —agregaba Chole, azotando contra la piedra una sábana— para entronas... ¡ni nosotras!

—Será, tú; pero también él es un lija y del número 6, porque no sé qué le encuentra a la madre de Felipilla... ¡Aunque tú digas que no!...

Y tomaron la tonada, porque la aludida ponía al sol cinco pañitos con cenefa azul y podía escucharlos.

IV

C loti, con su ropita de cristianar, como se dice impropriadamente, pues no cristianaba con ella, sino por el contrario, iba y venía por la calle de Tulipanes,²² como en espera de alguien.

Pidió la lista de la de veinte mil a un ciego de profesión que vendía billetes; después preguntó por una tía difunta en una casa; enseguida compró bolitas de caramelo en la sedería, y con la sorda que despachaba, se puso a hablar de las propiedades de los pericos, pues uno de esos pájaros colgaba entre los anaqueles de los estambres y el de las mantas estampadas; con un cachete inflado por la prosaica pelota de yerbabuena, y parándose sobre las puntas de los pies para ver mejor, espío a un billar de mala muerte, de puerta de golpe con sus letreros *Lunch e English*, etcétera; salían alegres risotadas del establecimiento, choque de bolas y de tacos.

—Ahí está...

Volvió sobre sus pasos, procurando ver la cara de una dama misteriosa que con pañoleta de encaje muy

echada sobre la fisonomía parecía recatarse en el interior de un coche de bandera colorada,²³ cuyo cochero se había dormido con el sombrero sobre los ojos, las riendas entre las piernas y un periódico sobre las rodillas.

—¿Y esa quién será? —preguntose Cloti—, tal vez una que viene por su golpe... Lo que es ahora sí me la paga la tal Felipa y le voy a poner al Revoltoso tamaña cabeza...

—¡Hola, conque por él venía la del velito!

En efecto, Pepe María apareció en la puerta con el taco en la mano y un sirviente le señaló el carruaje de alquiler; reconoció a la dama y se puso verde, disimulando su emoción llegó hasta el estribo.

—¡Chucha, dichosos...!

—Sube... (*Seca y terminante*).

Cloti volvió a la sedería para pescar algo de la conversación sin ser vista, y lo consiguió porque la charla se volvió disputa:

—Yo no soy interesada, bien lo sabe Pepe María y jamás he discutido cuestiones de dinero, pero uno es uno y otros son los soldados, y me has querido tomar el pelo y ése vas y se lo tomas a otra que se deje. La has raspado de vicio y ya me cargaste, hijo, y te lo vengo a decir para que lo sepas: ¿quién te dio ese *flux* que traes?, yo; ¿quién empeñó su prendedor de oro y perlitas para

pagar el vidrio que rompiste en la cantina?, yo; ¿quién mandó a la misma parte un mantón colorado con bordados blancos para costearle coche a un sinvergüenza que invita a días de campo y deja que paguen las mujeres hasta los cigarros que no se fuman?, yo; ¿quién dejó perder hasta nueve mascotas de plata con todo y pulsera cuando te impusieron la multa en la comisaría por ebrio escandaloso?, yo; ¿quién te ha hecho un papel de estraza con el licenciado pagándole de manera indigna sus atenciones de dinero y otras, para que tú fueras a los toros y te tiraras la plancha de que te gritara un asturiano porque molestabas con el humo de tu cigarro a la que llevaba?, yo; ¿quién despreció por ti al de Pachuca, persona práctica y que sabía gastar el dinero con las damas como debe gastarse?, yo; ¡y me pagas peor que un marrano! ¡Y abusas de mi hospitalidad! ¡Y ahora me sales con que comprometo la literatura viniendo a buscarte a un billar! Pepe María (*lento y solemne*) eres muy poco hombre. Ahora te da vergüenza, porque no traigo sombrero y vengo de trapillo, pero dime, desgraciado, ¿qué soy una mujer que deshonne con su presencia a ti o a otro cualesquiera? ¿A ti qué público y notorio te acompañas de coristas viejas sin reputación ni ropa limpia? ¿A ti que en habiendo vénganos sin que te cueste, lo mismo tratas a una galopina que a una persona independiente como la que te dirige la palabra? ¿A ti que te

vives de la gloria y tienes tu despacho en las cantinas? Hombre, no hables de reputación porque la tuya anda sin refrendo desde que naciste. ¡Pobrecito, no vayas a perder tu honra y tu inocencia de alma gloriosa!, te mortifica hablar con una mujer que se gasta lo que se gana y no te mueres de vergüenza de vivir mantenido, porque en resumidas cuentas, eso eres: un mantenido.

—Cállate, Chucha (*trastocada la lengua*).

—Adiós de cállate, ¿ya lo ves?, ayer que tenía la estupidez de dejarme regañar por ti, me pegabas y eras un tigre y hoy que ya me cansé y te echo la grande dispuesta a sostenerme, das lástima de lo asustado que te has puesto (*con profundo desprecio*), ¿eres un mamarracho!

Cloti entre tanto no pierde una palabra, varios curiosos rodean el coche; su conductor, acostumbrado a cosas peores, cambia de postura y sigue durmiendo.

—Chucha, arreglaremos eso como se debe; éste no es lugar a propósito; se está formando bolita; estás mal...

—¿Quieres decir que estoy tomada?, dilo, anda...

—No, mi vida (*enteramente sumido*).

—Yo no soy vida de correlones.

—Baja la voz, chula, prenda...

—Prenda; sí, soy prenda, porque me has empeñado hasta que se te ha dado la gana, ¡y no me he de callar!, óiganlo todos (*al público*) éste es un...

—¡Cálmate, Chucha! (*Con angustia extra dry*).

—¡Pues, cáete con los ocho pesos que te has sacado de mi buró!

—Yo no tengo... yo no fui.

—Liquidando, y fuiste tú, porque ya te conozco el temperamento y te vio la criada... Cáete cadáver...²⁴

—Pero si no traigo (*y en efecto lo comprueba mostrando los bolsillos vacíos*).

—Pues recurre a una prestamista, a la vieja de tu casa, a cualquiera de las que te mantienen.

—Ahí viene el gendarme, favor de parar tu coche.²⁵

—Que venga, mejor; irás por cordillera con el parte que te mereces: ratero en casa habitada.

—Mi vidita (*partido por el eje mayor*).

—Hombre, te tengo lástima (*mirando con un desdén digno de una princesa ofendida*), ya casi estás llorando y quiero hacerte el último favor: te doy plazo para que me pagues; pero por mi madre que si a las 7 en punto de la noche no tengo en casa lo robado, duermes en Belem (*sacando un reloj de níquel para ver la hora*) ya sabes quién soy yo;²⁶ bájate porque me voy al ruso (*lo empuja*), dile al cochero que a Pane (*despótica*) y toma manzanilla para el susto,²⁷ gallo de Tepeaca.²⁸

Muy pálido descendió del coche Pepe María, y bastante agrito fue el gesto con que acogió a Cloti,

quien le salió al encuentro, muerta de risa; él insultó a los curiosos que lo miraban obstinadamente.

—Pero, hombre de Dios, ¿qué te sucede?

—Que me salió la criada respondona y se me arrancó de loa: (*festivo*) venía mal la pobrecita; tiene unos sentimientos de cambray, pero cuando le tupe a las bebidas espirituosas y con intermedios de celos ya viste cómo se pone, ¿tú discutirías en un coche no particular con una persona que se arranca con términos impropios de su sexo?

—¡No! (*Convencida*).

—Por eso me quedé mudo como un reloj público. Tiene razón, esos ocho pesos los tomó un amigo mío en un arranque de distracción alcohólica y se los voy a pagar, porque ya conoces mis ideas sobre el particular: con las señoras ni una deuda de a centavo. Me revienta pedir prestado; pero ¡qué remedio!, ¿a quién sería bueno?, ¿y tú qué me aconsejas, Clotilla?

—A buen santo te encomiendas, a la que vive al día... Si yo tuviera...

—Lo sé, Clotitis, y te lo agradezco, palabra; sé que eres gente decente. ¡Ojalá y tu amigo el de la tienda!... (*Inspirado*).

—¿Ése?, lo dudo; en fin, no hay peor lucha que la que no se hace, y la voy a hacer, y conste que no te la mereces, pero yo soy así. Y entre paréntesis, tú hazme

el favor de decirle a Felipa, tu novia o lo que sea, que se comprima y no me aviente las puertas cuando yo pase, porque en un chico rato la despeino con este escarmecedor de diez dientes (*muestra ambas manos engrifadas*). Ayer se ha reído de mí con Toribio, ya sabes, el encuadernador que le anda haciendo dibujos y no sale de su casa, y donde te descuides te la quita...

—Me haría un favor, porque por ese lado el negocio se está poniendo cada día más complicado... (*Sonrisa inicua e indescriptible*).

—Me lo maliciaba... (*Riendo con otra sonrisa diez colas*).

—Pero, entre tanto, favor de aquello y aquí nos vemos...

—Sin compromiso, se entiende.

Aún no llegaba Cloti a la esquina cuando le cayó al Revoltoso una dama flaca, con los zapatos de hombre, enaguas de agramanes de fango, tápalo a cuadros y llevando un niño en brazos, tan malogrado, que parecía cadáver de sietemesino.

Verla Pepe María y retorcerse de la rabia fue todo uno.

—¿Y tú qué andas haciendo por aquí?

—Te mandé un papel (*tímidamente*).

—Y yo te contesté con letra clara para que la entendieras, que no hay dinero, ni esperanzas de que llue-

va, conque... Y no des en la flor de andarme siguiendo los pasos...

—No lo hago, por mí, lo hago por tu hijo, por este pobre inocente. ¿Crees que no me muero de pena con venir a un billar? Lo hago porque no sé dónde vives y...

—Mira, sin retórica y flanco derecho: es inútil el párrafo, porque no tengo.

—Mira, Pepe María, ten compasión de tu hijo, ya que a mí no me tratas como a una esposa, sino como a cualquiera de la calle. ¿Ves cómo te tiende el niño los bracitos? No has sido para darle un beso.

Cloti, de vuelta, entra sin ser vista a la sedería y escucha desde hace diez minutos.

—Ya que no puedes darme dinero, devuélveme siquiera los boletos del catre, las frazadas, la máquina de coser, el retrato al óleo de mi papá (QEPD) quiero meterme a trabajar aunque sea cosiendo de munición,²⁹ porque lo prefiero a vivir arrimada con mis hermanos contándoles que estás fuera, porque ¡al fin mi esposo! Y nuestros disgustos deben quedar... (*Llora copiosamente*).

—¡Se fue la oración cívica! (*Muy impaciente*) ¡Sin escandalito, favor!

—¡Un real, un real siquiera para la leche y flor de azufre!³⁰

—No tengo: ¿quieres que me vuelva dinero?

—¿Y esta tarde?

—Veremos (*por quitársela de encima*).

—Te buscaré por la Alameda...

—No, señora, si consigo lo mandaré con un cargador, y camino para la casa...

—¿No te despides del niño? Dile adiós a papacito; dale beso, ¡pobre inocente, sin comerla ni beberla es el pagano!...

Pepe María besa al chico distraídamente y vuelve grupas para entrar al billar cuando Cloti lo llama:

—¡Pist!

—¿Ya de vuelta?

—Y eché el viaje del vidriero, porque no hubo golpe: no estaba en casa o lo negaron.

—Pues me has dividido. Paciencia y barajar.³¹ Nos veremos, y gracias de todos modos; te dejo porque estoy perdiendo las copas y la mesa y las pagaré ¡el sur-suncorda! (*cierra de golpe*).

Cloti se despide de la sorda de la sedería, compra más bolas y hablando consigo dice:

—Lo creí raspa, pero no tiene cuartel; ¡cómo trata a su legítima!, y luego créase usted de ellos; ¿casarme yo?, ¡un demonio!, ¡mejor perro!

Completa transformación en el patio del capítulo primero, debido a que don Amado Castro, comerciante en carnes, ha obsequiado toda la tarde y lo que alcance de la noche con una música para que se baile, pues es su día onomástico.

Los vecinos han hecho lo demás: convertir la pileta en plataforma merced a unas tablas de cama, rodear de tiestos el pozo; colgar de serpentinas el árbol, colocar junto a la bomba dos mesas sin mantel, la una, escurriendo líquidos embriagantes, y provista la otra de pastelillos ordinarios y tortas compuestas, compuestas de cólicos y congestiones.

Cuatro músicos (de cuerda) con los instrumentos boca abajo sobre sus rodillas para que les sirvan de mesa, devoran con filo profesional un platillo patriótico, a mano limpia.

El Jorobis en el primer periodo de la sugestión alcohólica mueve una nevera, el *reporter* guinda farolillos de papel, los varones visten estrenado, las damas pelan naranjas, los mozos dicen cuentos colorados en un rin-

cón y las doncellas, así llamadas en general, descansan de la última pieza.

Visten de papel de china: las cinco López portan el traje de “Golondrinas de amor”;³² Chole de la O, el de “Locura”; Emerenciana, el de “Noche”; Calixta Espejo, el de “Primavera”; Cloti Reyes, el de “Diablesa”; Lupe Torres, el de “Aldeana napolitana”, Anastasia Quintas, el de “Vivandera”; Gregoria Zendejas, el de “Tehuana”; Petra Rufo, el de “China poblana”; Lupercia Argenso-la, el de “Nieve”, etcétera.

Felipa, contra toda su voluntad, lleva el de “Mano-la” y escucha a la sazón una reprimenda de su madre, quien, sugestionada a medias, trata de forzarla a que baile, pues la chica se niega a hacerlo provocando hostiles murmuraciones.

Triujeque (*gendarme en pechos de camisa*) grita: ¡Danza!, ¡danza! ¡A darse vuelo, muchachos!

—Hija —clama la profesora—, es preciso que no la pites en estas circunstancias; te estás poniendo en ridículo, y demasiado favor te hacen con pedirte piezas. El señor te está hablando.

El aludido era Toribio, encuadernador, quien solicitaba con humildad del tenor siguiente:

—¿Y ésta tampoco la quiere bailar, señorita Felipa?

—Tampo (*volviendo las espaldas*).

—Enderézate, niña (*habla la profesora arrojando por la boca partículas de una torta*), ¿por qué no bailas con el señor?

—Porque estoy cansada.

—Aquí hay de piña —pregona el Jorobis circulando vasitos de nieve de consistencia y color sospechosos.

Desfilan los bailadores, dejando en su camino rotos fragmentos de charla.

—Yo me hice mi traje en tres días, anoche acabé las naguas.

—Porque son papas, ¡qué me va usted a querer!

—A mí me gusta bostoneada.

—No te pongas pesado, ¿tengo la culpa de que me mire? Cuando te encelas te vuelves repateante.

—¿La pisé?

—Por nada me saca un ojo.

Cloti, a quien los brindis la han puesto tierna, efusiva y filósofa, presenta una copa a Felipa, diciéndole:

—No estés triste, Nicolás,³³ déjate de dibujos, no te arrincones poniendo tamaña cara: ya vendrá. Bebe: “a beber y a beber y apurar las copas del licor, que el vino hará olvidar...”.³⁴ ¿Me desairas?

—No quiero; aquí tengo la comida (*señala el cartilago tiroides*).

—Pues esto te ayuda la digestión (*haciéndose graciosa*) por uté, por la mare de uté.

—Por la suya de uté (*interviene el Jorobis repartiendo vasitos de sangría*).

—Por la familia de uté y por el Pepe María de uté.

—No me lo mientes: lo aborrezco...

—Choca, porque no merece otra cosa, y me alegro que lo comprendas. Yo que tú estaría contenta para darle en la cabeza y probarle que si él se anda en coches de sitio con señoras que le echan la grande, porque se sustrae ocho pesos de un buró privado...

—Eso no es cierto...

—Yo lo vi. No te lo dije porque no se había ofrecido... pero le han dicho frente a los billares: mantenido, joto y desgraciado, y para que más le ardiera, la señora que te digo se tiró sin cuartear en estos términos: Mira, Pepe María, si esta noche no me entregas ese dinero, duermes en Belem, y yo creo que durmió, porque no tiene tras que caerse muerto y yo no pude prestárselo cuando me lo pidió...

—¿A tí? (*Midiéndola con la mirada*).

—A mí. Espera, que falta el quinto toro todavía. Al rato apareció otra con un niño...

—A poco su hijo (*irónica*).

—No me consta, pero es su vivo retrato; esa infeliz le pidió el gasto, porque Pepe María es casado.

—¡Casado! (*Riendo nerviosamente*).

—Pues, ¿qué no lo sabías alma de Dios? (*Asombrada*).

—¡Qué casado!, ¡ni para eso es bueno!

—Pues entonces clávate...

Guardan silencio, porque Petrita Ramírez canta una romanza en italiano, acompañada en la guitarra, y después las niñas López bañan a los presentes con una lluvia de *confetti*, obsequiado por el Gratis.

—Clávate —prosigue Cloti—, no es difícil que esté en chirona a estas horas.

—Ya hubiera salido en el periódico y Muñoz hubiera traído también el chisme...

Suenan los aplausos; doña Simona despierta: es Pepe María recibido con una verdadera ovación.

—¿Ya lo ves? Toma tu “está en Belem” (*dice Felipa a Cloti*).

—Vuelvo. Voy a ponerme polvo porque tengo ardiendo la cara.

La embriaguez en tanto es general; fuerzan al Jorobis a que baile con Carmen Trigos que tiene la alzada de un caballo de *Express*; los niños unos sobre otros dormitan en los rincones; Chole pone una flor en la solapa de Pepe María, lo cual produce una crisis de llanto en doña Simona; Emerenciana invita al Revoltoso a un brindis y Cloti le presenta una guitarra; disimulando

una gran inquietud afina el mozo, añade una *prima* reventada, afina y comienza a cantar una triste petenera: cuando la concluye, el Jorobis le anuncia que lo busca una señora.

—Pues que pase (*creyendo que le toman el pelo*). Cantaremos aquello de:

El ensueño se vence como nube
en tu frente de mármol vegetal...

Muy cortada y desconcertándose desemboca por el pasadizo del primer patio, la señora del tapalito a cuadros del capítulo IV, llevando en brazos al moribundo niño; el Jorobis le ofrece una silla y después un vasito de nieve que la dama rehúsa; después acaricia al escrofuloso; las mujeres se secretean y cuando Pepe María lo ve, se queda de once.

—¿Teodora?

—Hijo (*voz humilde*).

—Ven acá —le dice procurando alejarla y gruñendo entre dientes—, ¿y con permiso de quién has venido? ¡Ya me estás cargando!

Doña Simona interviene movida por los celos y se planta frente a la desconocida, y agresiva y grosera le pregunta:

—¿Y usted a quién busca?

—¡A mi marido, ya usted lo ve!

Rumor dramático, el Jorobis se frota las manos, atacan náuseas a doña Simona; Pepe María pierde los estribos y doña Rosalía grita:

—¡Quítenla del aire!

Es Felipa que se sacude presa de un ataque de risa nerviosa (*telón rápido*).

VI

Entre dos luces: el costado poniente de la Alameda casi desierto; un vendedor de pasteles y un mandadero dejan respectivamente en una banca, el primero su mercancía, y el segundo, su cesto y juegan a las canicas; un señor gordo, despojado para mayor frescura y comodidad de su cuello y corbata, ayudado por un criado, aprende a andar en bicicleta y se cae de puro intento; un señor de capa vicentea y sigue a algunas de las mujeres que pasan; una música militar toca distante las danzas picarescas de la despedida, y Felipa en una banca habla a solas.

—Soy muy desgraciada, ya no puedo más, ¡Dios mío! Confieso que es un perdido, un lépero, un hombre sin entrañas, pero lo quiero con todo y que tanto me ha hecho padecer y es causa de todas mis fatigas. Este lugarcito tiene la culpa de todo: la banca, la fuente, los árboles fueron testigos a esta misma hora de tanto como él me dijo y cometí la estupidez de creerle. Porque juntitos, dándome bolitas de caramelo en la boca, haciéndome cariños en las manos y cuando había modo

y el gendarme volteaba, algo más, ¿a todas las besaré lo mismo? ¡Qué juramentos! ¡Y qué promesas! ¡Y qué farsas! Después del día de Tlalpan me prometió casarse conmigo. ¡Me partió la herradura y me merezco lo que me está pasando! ¿Qué hago, Dios mío? ¿Qué hago cuando mi madre me llame a cuentas? Por eso prefiero largarme de mi casa con él. Porque yo no soy como doña Simona, Chole o Cloti, ésas ¿qué tienen que perder? ¡Saben que es casado y las muy livianas como si tal cosa! Vengo decidida a todo: métete en ese coche, pues me meto; vamos a tomar el tren y a sufrir hambres, pues lo tomo, porque a estas horas ya es tarde y no queda otra solución, puesto que no puedo casarme ni con él ni con otro. ¡Con qué poquita cosa se va de astas una mujer!

Lentamente suenan las campanas de la oración.

—La oración, ¿y si no viene? ¡Ay, Pepe María, Dios me perdone! Creo que es él...

Sale al encuentro de un transeúnte a quien ha confundido con el Revoltoso.

—¿Adónde tan solita, primor?

Comprendiendo que la ha pitado, aprieta el paso sin oír las galanterías de su perseguidor, quien por fin, sigue su camino.

—Pues me amolé porque no vino, y lo peor es que Cloti no tardará en pasar. Me duele la cabeza, tengo

basca, se me van las ideas. Dicho y hecho, allá viene Cloti.

—¿Pero qué andas haciendo por aquí, mujer?

—Se me hizo tarde, vengo del Centro.

—¿Nos vamos juntas?

—Como te dé la gana.

—Acabo de verlo.

—¿A quién?

—¿A quién ha de ser?, no te hagas, a Pepe María en coche.

—¿Sí? *(Con un nudo en las anginas)*.

—Iba con Chucha, la que le echó la grande, porque se han contentado y, convéncete: ellos y nosotros estamos de devolver el estómago, ¿qué te pasó? *(Al ver que ella vacila y está a punto de caer)*.

—Se me fue la cabeza. ¿Palabra que lo viste?

—Palabra...

—Pues me...

—¿Me qué?

—Nada.

—Creí que hablabas; date de santos con que todo haya concluido; resígnate a lo que venga; ya me lo figuraba, y la que se arme será de cajeta...

—No entiendo *(horriblemente pálida, convulsa, hecha una miseria)*.

Cloti le habla al oído.

—¡Mienten!

—¡Pues todo mundo lo dice!...

Felipa se deja caer en un banco y habla en un arranque:

—¡No puedo más! ¡Ay, Cloti, qué desgraciada soy!

(La abraza sollozando, aparece la linterna de un velador que al alumbrarles la cara les pregunta):

—¿Y aquí qué sucede?

Se repone la atribulada, y con voz trágica por lo alegre exclama:

—Estábamos jugando.

EPÍLOGO

Choque, usted, Muñoz —exclamó tendiendo Motezuma su mano derecha al *reporter*—; ha hecho usted una crónica pistonuda.

—Gracias, vecino, no es por echármela de lado, pero el *Pifano* de hoy se ha vendido como pan caliente,³⁵ y solamente el sobretiro pasó de tres mil ejemplares.

—Lo que más me gusta —agregó Cloti, quien a la sazón probaba si tenían dulce suficiente las hojas de naranjo con carbonato destinadas a doña Rosalía—, lo que más me gusta es cuando la pinta usted en la torre comiendo galletas de esas de animalitos, componiéndose el peinado en un espejito de bolsa y besando un anillo...

—¡Qué caray! —alternó la Trigos—, ¡yo no la creía tan mujer ni tan decidida! La verdad no me las espanté: la vide ponerse sus medias color de rosa, su camisón con moños, su corsé con respuntes de seda, sus choclos nuevos, y echarse lo menos un frasco de perfume en el seno, y Dios me perdone, pero me figuré otra cosa... ¡enteramente otra cosa!

—*Idem* de lienzo³⁶ —terció la López menor—: ¿pues no estuvo cantando como si nada sucediera? Para mí ya lo tenía muy bien pensado desde lo del baile de fantasía. La verdad me ha podido...

—¡Claro!

—¡Naturalmente!

—¿Cómo no?

—¡A mí mucho!

—¡Se fue de ternura! —gruñó el Jorobis, quien a la sazón y en cuatro patas sobre las baldosas, ponía en orden una colección de estampas de la Mascota,³⁷ leyendo en voz alta el nombre de los toreros, quienes eran su debilidad y culto principal.

Entre tanto van llegando las visitas, los hombres forman grupos y fuman; se reparten tazas de café y copas o ponches (*a escoger*); los chicos juegan al toro; a las veces un lamento en do menor alterna con el estridente silbido del señor Manzanares, quien en salva sea la parte de la vivienda principal, lleva ejecutada con todo y variaciones, media *Verbena de la paloma*.

—¿Y Pepe María lo sabrá?

—¡Ése es un lépero!

—La causa de todo...

—Le ha de remorder de vicio la conciencia.

—Si lo veo, le pongo la cruz.

—Pues yo me arranco hasta debajo de la cama.

—Debería estar en Belem.

—Hombre había de ser; siempre me cayó muy gordo.

—¡Fuchi, quién comiera! —ladró el jorobado recogiendo sus estampas.

—Déjate de chistes, contrahecho, que no estamos en un fandango; habla mucho y verás si se te aparece a medianoche para jalarte de los pies. Hombre, díganle a Donaciano que no esté tocando la guitarra, siquiera por respeto a doña Rosalía.

—La pobre —dijo Cloti—, está de dar lástima; cuanto le dan ¡fuera! No pudo pasar ni la leche. La han partido por el eje; sobre todo, cuando leyó la carta y vinieron los de la comisaría. Pero lo bueno estuvo al esculcar el baúl de Felipa y sacar de la olla que estaba debajo del brasero *todas las cosas de ése*, ¿creen ustedes que nos encontramos dos boletos de empeño? ¡El relojito de níquel y la pulsera que *diz-que se habían perdido*, resulta que los mandó a sudar el muy indino! ¡Los he visto sinvergüenzas, pero como éste!...

—Dicen que le mandó una carta...

—Será, pero Tereso lo vio pasar en el tren como si tal cosa...

—La cara que pondrá cuando llegue...

—Lo habrá leído en el periódico...

—Para mí no le volvemos a ver ni el polvo, porque se necesitaría no tener ni un jeme de sentimientos para presentarse en esta casa después de lo que ha pasado —afirmó Petrita Ramírez—. Me parece que la estoy viendo... Ayer apenas, junto a la pileta...

Y se separó del grupo para contar a una recién llegada lo ocurrido. Cómo Felipa Reyes había andado, desde varios días antes, pensativa y meditabunda; perdido el apetito, malo el color; desarregladas las funciones de la nutrición, como quien trae algo gordo y triste entre manos. Claro que atribuyeron todo ello a los amores privados que con el Revoltoso sostenía, quien resultó casado.

La muchacha se encerró en un silencio sepulcral y la mañana menos pensada, diola por cantadora; se encaminó a la torre de Catedral con admirable sangre fría, al grado que el campanero le preguntó:

—¿Viene usted a matarse o con otro fin?

—Con otro fin —respondió ella.

Un fotógrafo americano que iba pastoreando una parvada de señoritas turistas, la vio escribir con un lápiz al cual le sacó punta a mordiscos, aguzándolo en la suela del choclo; rompió varias cartas y se las guardó todas en el seno; comió galletas y dos dátiles; besó repetidas veces un anillo, y cuando menos lo pensaron, la insensata se tiró desde el segundo cuerpo, dio tres vueltas

en el aire y recaló sobre un ciego que estaba pidiendo limosna en el atrio de la Basílica; el inanimado cuerpo botó contra el muro, y los curiosos, la policía y quienes de misa salían no hallaron de la desventurada sino una masa color de fresa machucada; sustancia encefálica entre las greñas del ciego que recibió el primer seco; la sombrilla en un pradito hecha pedazos; un choclo a cuarenta metros y el otro dentro de la bolsa de mano de una billetera, todo lo cual indica la violencia de la caída.

Los americanos procedieron a sacar una instantánea y a repartirse los dientes regados por el suelo; dos *reporters* se apoderaron de lo menos maltratado del maxilar: total, que el cadáver que recogió la autoridad se redujo a un fémur y a un montón de papilla humana... Felipa se mató por decepción amorosa, las cartas que dejó hubo necesidad de lavarlas para leerlas, pues estaban tintas de sangre... una de ellas era para el Revoltoso.

Aquí iba del relato la Ramírez, rodeada de oyentes cuando el Jorobis dio la voz de alarma:

—¡Ahí está!

—¡Por Dios que no lo sepa esa madre infeliz!

En efecto, era él, seguido de los vecinos, cabizbajo, marchitos los claveles de su ojal, malamente anudada la corbata de mariposa, con las manos en los bolsillos...

—¿Ya lo sabías, hermano?

—Lee —respondió Pepe María al *reporter* alargándole una carta...

—Presta... “debilidad de amarte... deshonra, primero morir... quema lo que te di... ruega a Dios...”, lo que es ésta me la das para el *Pifano*.

—No —respondió el otro con voz confusa—, mejor te daré copia; se me hace feo que un documento privado... ¿Y ella?

—En esa pieza —y señaló el Gratis la vivienda de la suicida— está lo único que de ella quedó: un fémur que parece estar dormido.

El Revoltoso bajó la cabeza, moviola varias veces, tiró el sombrero al piso y enclavijando sus manos y mirando al cielo exclamó:

—¡Pero qué plancha se ha tirado la criatura! ¡Qué plancha! ¡La gran plancha del siglo!

NOTICIA DEL TEXTO

En septiembre de 1899 se anuncia en las páginas de la revista *Cómico* la próxima publicación de una “chispeante novelita” que lleva por título *El de los claveles dobles. Entretenimiento novelesco de buen humor en varios cuadros y varios coloquios a manera de apuntes para un libreto del género mediano*, escrita por el conocido cronista Tick-Tack, uno de los seudónimos de Ángel de Campo. La novela se publicó en seis entregas del 17 de septiembre al 5 de noviembre (con dos interrupciones correspondientes al 22 y 29 de octubre), con ilustraciones del caricaturista Eugenio Olvera (1866-1934).³⁸ En 2008, después de un largo trabajo de rescate y edición, el investigador Miguel Ángel Castro publicó la novela dentro de la colección *Al Siglo XIX. Ida y Regreso* de la Universidad Nacional Autónoma de México.³⁹ Dicha edición ofrece un amplio estudio del contexto en que surge la obra, así como una aproximación a su composición; además, incluye un archivo periodístico en torno al suicidio de Sofía Ahumada, suceso que se retoma en la novela.

ÁNGEL DE CAMPO
TRAZO BIOGRÁFICO

Ángel Efrén de Campo y Valle (Ciudad de México, 9 de julio de 1868-8 de febrero de 1908) fue periodista, cronista, cuentista, novelista y poeta. Realizó los estudios básicos en el colegio de Emilio G. Baz, en donde tuvo por compañeros de aula a Federico Gamboa y a Luis González Obregón; con éste fundó el periódico *El Reproductor* y más tarde *La Lira*, donde daría a conocer sus primeras obras. Estudió en la Escuela Nacional Preparatoria y ahí entabló amistad con Ezequiel A. Chávez, Balbino Dávalos, Alberto Michel y Luis G. Urbina. Fue discípulo de Justo Sierra y de Ignacio Manuel Altamirano, a quien siguió en algunos de sus postulados nacionalistas. Hacia 1885, Ángel de Campo y sus compañeros preparatorianos fundaron El Liceo Mexicano. A él pertenecieron escritores ya consagrados como el propio Altamirano, Guillermo Prieto, Vicente Riva Palacio, Pedro Santacilia y Pedro Castera, entre otros. En el órgano de difusión del grupo, *El Liceo Mexicano* (1885-1890), De Campo publicó sus primeros cuentos y algunas crónicas con el seudónimo de Micrós.

A causa del fallecimiento de su madre, en 1890, Ángel de Campo abandonó la carrera de medicina y comenzó a trabajar en el Ministerio de Hacienda. Colaboró en los periódicos *El Nacional* (1890-1892), *El Siglo XIX* (1892), *El Universal* (1896), donde publicó una serie de crónicas con el título “Kinetoscopio”; *El Mundo Ilustrado* (1896-1906), y *El Imparcial* (1896-1908), donde publicó la columna dominical de tono humorístico “La Semana Alegre”; en las revistas *México. Revista de Sociedad, Artes y Letras* (1890), en la *Revista Azul* (1894-1896), y en *Cómico* (1899), en la que participó como cronista en la sección “Hechos y Comentarios”. Publicó bajo los seudónimos Micrós, Tick-Tack, Boudard y Pecuchet (compartido con Federico Gamboa) y Microbio.

Reunió parte de su labor periodística, crónicas y cuentos en *Ocios y apuntes* (1890), *Cosas vistas* (1894) y *Cartones* (1897, con ilustraciones de Julio Ruelas); escribió, además, las novelas *La Rumba* (publicada por entregas en *El Nacional* a finales de 1890 y principios de 1891); *El de los claveles dobles* (publicada por entregas en la revista *Cómico* en 1899) y *La sombra de Medrano* (de la que sólo se publicó un capítulo en 1896), y dejó el manuscrito de algunos versos.⁴⁰ Participó en la obra colectiva *México, su evolución social* con el artículo “La Hacienda Pública desde los tiempos primitivos hasta

el fin del gobierno virreinal” (1901). Fue profesor de lengua nacional en la Escuela Nacional Preparatoria en 1906. Murió en 1908, víctima del tifo. Sus restos fueron sepultados en el Panteón de Dolores.

En fechas relativamente recientes, la obra de Ángel de Campo ha sido objeto de una revisión, pues el hallazgo de nuevos materiales ha permitido complementar la visión que se tenía del autor; así, se considera que De Campo desarrolla su obra en dos grandes facetas: una más afable, guiada por la sensibilidad y la piedad, de crítica velada, y otra de tono irónico, sarcástico y abiertamente crítico, pero ambas marcadas por su acuciosa observación y su gusto por el detalle.

NOTAS

¹ Durante el siglo XIX, el término *spleen* se empleó para referirse a un estado melancólico o de hastío vital.

² Véase Ángel de Campo, *El de los claveles dobles. Ni amor al mundo ni piedad al cielo. El suicidio de Sofía Ahumada. Expediente de prensa mexicana*, Miguel Ángel Castro (estudio preliminar, compilación y edición), México, Universidad Nacional Autónoma de México [Al Siglo XIX. Ida y Regreso], 2008.

³ Sobre la recepción de la zarzuela en México, así como de la compañía y el elenco que la presentó, véase Enrique de Olavarría y Ferrari, *Reseña histórica del teatro en México (1538-1911)*, t. IV, Salvador Novo (prólogo), México, Porrúa, 3ª ed., 1961, pp. 1853-1854.

⁴ Tick-Tack, "De la novela nacional" [26 de marzo de 1905], Ángel de Campo, *Pueblo y Canto*, Mauricio Magdaleno (prólogo y selección), México, Universidad Nacional Autónoma de México [Biblioteca del Estudiante Universitario, 9], 1991, pp. 123-124.

⁵ Tick-Tack, "Influencia de las novelas sobre el hígado. Amores y suicidios a 'n' metros de altura. Los americanos y los rurales traducidos al inglés. Baile onomástico" [4 de junio de

1899], Ángel de Campo, *La Semana Alegre. Tick-Tack*, Miguel Ángel Castro (introducción y recopilación), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1991, p. 80.

⁶ Tick-Tack, “El peligro de las palabras pronunciadas con acento raro” [26 de mayo de 1901], Ángel de Campo, *La Semana Alegre. Tick-Tack*, Miguel Ángel Castro (introducción y recopilación), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1991, p. 149.

⁷ Albur que probablemente haga referencia a la infidelidad conyugal entre familiares políticos. De forma aislada, los elementos centrales del albur, los caracoles y el ferrocarril, empleados eufemísticamente, aluden a los órganos genitales femeninos y al miembro viril, respectivamente. Tick-Tack comenta la relación entre los olores, la infidelidad y los celos en la crónica “La Semana Alegre. El patriotismo morboso. El silbido, la mirada, la sonrisa y otras manifestaciones sinceras tomadas como ofensas. Olores personales, etc., etc.” [6 de agosto de 1899], Ángel de Campo, *La Semana Alegre. Tick-Tack*, Miguel Ángel Castro (introducción y recopilación), México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas-Universidad Nacional Autónoma de México, 1991, pp. 95-99.

⁸ Se alude al pasaje bíblico del martirio de los siete hermanos macabeos y su madre, quienes son obligados a renegar de la ley de Dios; en vista de su resistencia, uno a uno es martirizado y asesinado por el rey Antíoco; la madre alienta a sus hijos a no temer al dolor y a mantenerse firmes en su fe. La madre, entonces, se convierte en ejemplo de fuerza, valor, voluntad, y en autoridad moral. Véase [2 Macabeos 7:1-42] *Biblia de Jerusalén*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1999.

⁹ La frase “tomar varas” se refiere, literalmente, a recibir garrochazos del picador, pero en el habla popular de la época se usaba con un sentido marcadamente erótico para referirse a la mujer codiciosa, que se permitía libertades con los hombres. Véase el artículo de José Carlos de Torres Martínez, “El léxico taurino en España [siglos XVI-XX]”, *Actas del IV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas* (1971), vol. II, Eugenio de Bustos Tovar (coordinación), Salamanca, Universidad de Salamanca, 1982, p. 712; disponible en https://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/04/aih_04_2_068.pdf.

¹⁰ Billy Clark Whael, famoso boxeador norteamericano. Llegó a México en 1895 para pelear contra Billy Smith, en Pachuca. Fue miembro fundador del gimnasio *The Olympic Athletic Club* (calle de Palma, número 13), en la Ciudad de México. En 1896 fue acusado de fraude en su pelea contra Ben Chapman. Se le conoce también por haber sido el entrenador de Policarpio, el primer boxeador mexicano. Véase “Billy Clark”, *El Chisme*, año II, núm. 477, México, 5 de octubre de 1900, p. 1; disponible en <http://www.hndm.unam.mx/consulta/resultados/visualizar/558a33547d1ed64f1693b72e?resultado=11&tipo=pagina&intPagina=1&palabras=billy+clark>.

¹¹ Verso con que inicia “El terceto de las cigarreras”, número musical de la revista *De Madrid a París* escrita por José Jackson Veyán y Eusebio Sierra, con música de Federico Chueca y Joaquín Valverde, estrenada en el teatro Felipe de Madrid, el 12 de julio de 1889. En México, la obra se estrenó el 23 de enero de 1891 en el teatro El Nacional. Véase Enrique de Olavarría y Ferrari, *Reseña histórica del teatro en México. (1538-1911)*, t. III, Salvador Novo (prólogo), México, Porrúa, 3ª ed., 1961, p. 1300.

¹² El cinematógrafo llegó a México en julio de 1896. La primera función se ofreció al presidente Porfirio Díaz la noche del 6 de agosto de 1896 en el Castillo de Chapultepec. Las primeras exhibiciones públicas se llevaron a cabo en el entresuelo de la Droguería Plateros (hoy Madero), lugar ocupado en ese momento por la Bolsa de México. El costo del boleto fue de 50 centavos, mismo precio que tenían las localidades de la plaza de toros y las butacas de luneta del teatro. Véase Aurelio de los Reyes, *Medio siglo de cine mexicano 1896-1947*, México, Trillas, 1987, pp. 8-10, y Blanca Estela Treviño García, "Introducción", *Kinetoscopio. Las crónicas de Ángel de Campo, Micrós, en El Universal, 1896*, Blanca Estela Treviño (estudio, compilación y notas), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2006, pp. 15-58.

¹³ El Coliseo fue el primer teatro que tuvo México. Dependía del Hospital de los religiosos hipólitos. En 1722 se incendió y se construyó el Coliseo Nuevo, que más tarde se trasladó al callejón del Espíritu Santo. Tiempo después se le denominó Teatro Principal. Véase Enrique de Olavarría y Ferrari, *Reseña histórica del teatro en México (1538-1911)*, t. I, Salvador Novo (prólogo), México, Porrúa, 3ª ed., 1961, p. 14.

¹⁴ La revista semanal *Cómico*, propiedad de Rafael Reyes Spíndola y dirigida por Ramón Murguía, se publicó entre 1898 y 1901. Contenía artículos humorísticos, crónicas y reseñas de tandas y otros espectáculos; juegos de palabras, chistes, caricaturas e ilustraciones. Obsequiaba cupones a sus lectores para asistir a las funciones del Teatro Principal y el Teatro Arbeau. Ángel de Campo fue colaborador de la revista con la sección "Hechos y Comentarios" bajo el seudónimo Tick-Tack.

¹⁵ Frase que se emplea para señalar la dificultad en la resolución de algún asunto o su gravedad. Véase Francisco J. Santamaría, *Diccionario de mejicanismos*, México, Porrúa, 7ª ed., 2005, p. 1089.

¹⁶ En la edición de *Cómico*, la estructura capitular de esta novela aparece incompleta (no se señalan las entradas numéricas de los capítulos II, V y VI); aquí se presenta la numeración continua.

¹⁷ Coplas que forman parte de la popular zarzuela *La verbena de la paloma. El boticario y las chulapas. Celos mal reprimidos* (1894), de Ricardo de la Vega y música de Tomás Bretón. Aparecen en el chotis que interpreta el personaje de don Hilarión, viejo enamorado que asiste a la verbena con dos jóvenes, una morena y una rubia, en el primer cuadro de la obra. Dicha zarzuela se presentó en México por primera vez en diciembre de 1894 en el Teatro Nacional; en agosto de 1895, se celebró en el Teatro Arbeau su centésima representación. Véase Enrique de Olavarría y Ferrari, *Reseña histórica del teatro en México (1538-1911)*, t. III, Salvador Novo (prólogo), México, Porrúa, 3ª ed., 1961, pp. 1692-1693.

¹⁸ Se le llamaba chorrito a un tipo de cigarro muy popular en la época, elaborado por la fábrica El Buen Tono, del empresario francés Ernesto Pugibet, quien la fundó en 1884. Para la publicidad de este producto, el litógrafo Juan Bautista Urrutia creó una historieta que narraba las aventuras de Juan Palomo con los cigarros chorritos. Véase Julieta Ortiz Gaitán, *Imágenes del deseo. Arte y publicidad en la prensa ilustrada mexicana (1894-1939)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Posgrado, 22), 2003, p. 82.

¹⁹ La torre de marfil fue una imagen empleada por algunos escritores modernistas, de aquí que en cierta crítica literaria se haya dicho que los autores de este movimiento vivían en “una torre de marfil”, alejados de las preocupaciones de su tiempo.

²⁰ Referencia a un verso del dúo “¿Por qué de mis ojos los tuyos retiras?”, que interpretan los personajes de Mari Pepa y Felipe en la zarzuela *La Revoltosa*.

²¹ La Alameda de la Ciudad de México, primer paseo de la capital, se instaló en la calle de San Francisco (hoy avenida Juárez); se trazó hacia 1600 por solicitud del virrey Luis de Velasco. Se conocía como “El Paseo de la Ciudad”. Véase Arturo Sotomayor, *México pintoresco, artístico y monumental de Rivera Cambas*, México, Departamento del Distrito Federal-Secretaría de Obras y Servicios [Colección Popular de la Ciudad de México], 1974, p. 69.

²² En la antigua nomenclatura de la Ciudad de México, este nombre se daba a tres calles: primera, segunda y tercera de Tulipanes. Cambió su nombre a avenida Poniente 13 y pasaba por el costado norte de la Alameda, a espaldas de la Catedral. Véase Juan Crisóstomo Ibarra, *Guía de la Ciudad de México con los nombres de las calles antiguos y modernos*, México, Imprenta de la Escuela Correccional, 1896, p. 46. Se puede consultar la edición facsimilar en: <http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1080018120/1080018120.html>.

²³ Coche de segunda clase que se distinguía con una bandera roja de los coches de primera clase que llevaban bandera azul y los de tercera clase de bandera amarilla. Sus tarifas

iban desde 37 centavos por media hora o menos hasta 1.50 pesos durante la madrugada. Véase Alfonso Vázquez Mellado, *La ciudad de los palacios. Imágenes de cinco siglos*, México, Diana, 1990, p. 245.

²⁴ Frase que se usa para señalar el cumplimiento sin dilaciones de un compromiso. Véase Miguel Velasco Valdés, *Repertorio de voces populares*, México, Costa-Amic, 6ª ed., 1967, p. 30.

²⁵ Expresión empleada para pedir a alguien que detenga su acción o cese en su impertinencia. Véase Miguel Velasco Valdés, *Repertorio de voces populares*, México, Costa-Amic, 6ª ed., 1967, p. 129.

²⁶ La cárcel de Belem se fundó en 1863 y fue la más famosa de la Ciudad de México a finales del siglo XIX; en 1886 cambió su nombre a Cárcel Municipal. Se encontraba en el antiguo Colegio de Niñas de San Miguel de las Mochas, en lo que hoy es el Centro Escolar Revolución, entre la calle Niños Héroe, la avenida Chapultepec y la de Río de la Loza, en la colonia Doctores. Véase el artículo de Graciela Flores Flores, “A la sombra penitenciaria: la cárcel de Belem de la ciudad de México, sus necesidades, prácticas y condiciones sanitarias, 1863-1900”, *Revista Cultura y Religión*, Instituto de Investigaciones Internacionales-Universidad Arturo Prat, vol. 2, núm. 3, Iquique, 2008, pp. 42-59; disponible en <https://www.revistaculturayreligion.cl/index.php/revistaculturayreligion/article/view/181/170>.

²⁷ Pane fue la primera alberca pública de la Ciudad de México y la única en su tiempo. Establecida en 1895 por el empresario

italiano Alberto Pane. Se encontraba en el Paseo de la Reforma, cerca de donde se sitúa en la actualidad el monumento a Cristóbal Colón. Tuvo mucha popularidad a finales del siglo xix y principios del xx. Véase Yolanda Bache Cortés y Margarita Bosque Lastra, *Escenario del Duque Job. Exposición bibliohemerográfica*, México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas-Universidad Nacional Autónoma de México, 2001, p. 24.

²⁸ El dicho completo es: “Pobres gallos de Tepeaca, grandes y correlones”, y se usa para referirse a una persona cobarde.

²⁹ La frase “hacer ropa de munición” se refiere a elaborar ropa de soldado, generalmente hecha de dril grueso de un solo color. Durante el Porfiriato, las costureras de munición sufrieron graves reducciones en el pago del trabajo, de un peso a 50 centavos. Véase Liborio Villalobos Calderón, *Las obreras en el Porfiriato*, México, Universidad Autónoma Metropolitana/Plaza y Valdés, 2002, pp. 285-288.

³⁰ Azufre en polvo fino amarillo obtenido por sublimación de los vapores del azufre calentado; se empleaba en el tratamiento de enfermedades respiratorias, el asma, para el dolor pleurítico y para algunas enfermedades de la piel. Véase Francisco Durán, *Bitácora médica del Doctor Falcón. La medicina y la farmacia en el siglo xix*, México, Plaza y Valdés, 2000, p. 514.

³¹ Frase de consuelo que nació de los jugadores de naipes. Aparece en el capítulo XXIII de la segunda parte del *Quijote*. También es conocido el empleo que de ella hace Luis G. Inclán en el capítulo II de su novela *Astucia*.

³² Número de la zarzuela y revista musical *De Madrid a París*; en la obra, las golondrinas son un grupo de solteras que buscan encontrar marido en París. El número fue interpretado en México por la actriz Estefanía Collamarini. Véase Enrique de Olavarría y Ferrari, *Reseña histórica del teatro en México (1538-1911)*, t. III, Salvador Novo [prólogo], México, Porrúa, 3ª ed., 1961, p. 1908.

³³ El llamado que hace Cloti a Nicolás recuerda un verso de la primera estrofa de la canción popular conocida como “El payo”: “Estaba el payo sentado / en las trancas de un corral / y el mayordomo le dice / No estés triste Nicolás”. En sus distintas versiones, la canción refiere, en un tono humorístico, la historia de Nicolás, un payo enamorado de una mujer de dudosa reputación, quien, al no conseguir dinero para casarse con su amada, decide arrojarse a un barranco. Véase Vicente T. Mendoza, *La canción mexicana. Ensayo de clasificación y antología*, México, Fondo de Cultura Económica [Tezontle], 2ª ed., 1982, pp. 391-392.

³⁴ Primeras líneas del coro “A beber, a beber y a ahogar...” de la zarzuela *Marina* (1855), escrita por Francisco Camprodón y con música de Emilio Arrieta. En 1871 se estrena la versión operística de dicha zarzuela. En México, la zarzuela se estrenó el 18 de julio de 1868 en el Teatro Iturbide. Véase Enrique de Olavarría y Ferrari, *Reseña histórica del teatro en México, (1538-1911)*, t. II, Salvador Novo [prólogo], México, Porrúa, 3ª ed., 1961, p. 766.

³⁵ En la revista *Cómico* se publicó una novela corta con el título *Por un cigarro*, escrita a varias manos por distintos autores que firmaron con las letras A, B, C, D, E, F. Esta obra

atendió al llamado de los editores de la propia revista, quienes convocaron a algunos escritores para crear una novela que se desarrollara en la actualidad de aquel momento. En esta novela también se alude a una publicación periódica llamada *Pifano*, por lo que podría tratarse de una referencia creada al interior de la revista por los escritores que colaboraron en ella, entre ellos Ángel de Campo.

³⁶ Significa que una cosa es igual a la citada. Su origen puede encontrarse en las revisiones que se hacían en los cuarteles para el recuento del vestuario, pues la relación se hacía de la siguiente forma: "Pantalones de paño, ídem de lienzo, chaqueta de paño, ídem de lienzo, etcétera". Véase José María Iribarren, *El porqué de los dichos. Sentido, origen y anécdota de los dichos, modismos y frases proverbiales de España con otras muchas curiosidades*, Madrid, Aguilar, 1955, p. 117.

³⁷ La Mascota fue una conocida marca de cigarros de la tabaquera El Buen Tono. Como medio de publicidad, las cajetillas de cigarros de la empresa incluían tarjetas coleccionables con diferentes temas: barcos, vestimentas militares, personajes taurinos, así como cupones que podían ser canjeados en la fábrica. Véase Claudia Rodríguez Pérez, "Fundación y desarrollo de la fábrica de cigarros El Buen Tono, S. A.", *Palabra de Clío. Revista de divulgación histórica*, año 1, núm. 1, México, Asociación de historiadores mexicanos, 2007, pp. 9-36; disponible en: https://www.palabradeclio.com.mx/src_pdf/diacronias/Pal1460700712.pdf.

³⁸ Ángel de Campo, *El de los claveles dobles, Cómico*, t. IV, núm. 12, 17 de septiembre de 1899, pp. 152-153; t. IV, núm. 13, 21 de septiembre de 1899, pp. 154-155; t. IV, núm. 14, 1º de oc-

tubre de 1899, pp. 166-167; t. IV, núm. 15, 8 de octubre de 1899, pp. 178-179; t. IV, núm. 16, 15 de octubre de 1899, pp. 192-193; t. IV, núm. 20, 5 de noviembre de 1899, pp. 228-229. En la versión del periódico se omite la numeración de los capítulos II, V y VI. Esta primera publicación sirve como texto base para la presente edición. El facsímil de la obra puede consultarse en: <https://www.lanovelacorta.com/facsimiles/el-de-los-claveles-dobles.pdf>.

³⁹ Ángel de Campo, *El de los claveles dobles. Ni amor al mundo ni piedad al cielo. El suicidio de Sofía Ahumada. Expediente de prensa y literatura mexicanas*, Miguel Ángel Castro (estudio preliminar, compilación y edición), México, Universidad Nacional Autónoma de México (Al Siglo XIX. Ida y regreso), 2008.

⁴⁰ Los versos del manuscrito junto con algunos cuentos y una semblanza del autor se publicaron en Ángel de Campo, *Micrós. Ángel de Campo (Micrós, Tic-Tac). El drama de su vida. Poesías y Prosa selecta*, Antonio Fernández del Castillo (ensayo biográfico, revisión y selección), México, Nueva Cultura, 1946.

El de los claveles dobles se terminó de editar en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, el 4 de octubre de 2021. La composición tipográfica, en tipos Janson Text LT Std de 9:14, 10:14 y 8:11 puntos; Simplon Norm y Simplon Norm Light de 9:12,10:14 y 12:14 puntos, estuvo a cargo de NORMA B. CANO YEBRA. La edición estuvo al cuidado de BRAULIO AGUILAR y GABRIEL M. ENRÍQUEZ HERNÁNDEZ.